



**MARIANA
DIMÓPULOS**

**EL SIGLO DE
HANNAH
ARENDT**

**CÓMO LAS MUJERES
REVOLUCIONARON
EL PENSAMIENTO
POLÍTICO**

**ROSA LUXEMBURGO
SIMONE WEIL
SIMONE DE BEAUVOIR
IRIS MURDOCH
ÁGNES HELLER
JUDITH BUTLER**

PAIDÓS

Mariana Dimópulos

El siglo de Hannah Arendt

Cómo las mujeres revolucionaron
el pensamiento político

PAIDÓS

SUMARIO

Introducción	7
Preludio	13
1. Rosa Luxemburgo y la revolución	15
2. Simone Weil y la igualdad radical	61
3. Simone de Beauvoir y las mujeres.	105
4. Hannah Arendt y el mal del siglo	149
5. Iris Murdoch y la moral	200
6. Ágnes Heller y la justicia	247
7. Judith Butler y las minorías.	296
Epílogo.	337
Bibliografía	341

INTRODUCCIÓN

Este libro cuenta una historia hasta hoy invisible: la de una tradición contemporánea en la filosofía escrita por mujeres. Reúne a siete filósofas que vivieron entre finales del siglo XIX y nuestros días alrededor de una preocupación en común, la de la vida política y sus sujetos. Es también una historia abreviada del siglo XX, en lo que este siglo tuvo de revoluciones, catástrofes y victorias, pues si toda filosofía es siempre producto de su tiempo, más aún lo son aquellas que tienen la política en su centro.

Puede que la tradición descrita en estas páginas sea desconocida y el canon que propone discutible, pero ambos están basados en un hecho innegable de la historia de la humanidad: que la mitad estrictamente numérica de sus integrantes, tratada solo por razones sociales y culturales como si fuera una minoría, hace precisamente poco más de un siglo pudo adquirir un doble derecho, esto es, el derecho a la vida política y el derecho al saber técnico. La filosofía política y la teoría social escritas por mujeres son el resultado de esa doble conquista. Hallarse fuera y a la vez dentro del tejido social de quienes participan en la esfera pública —dando el paso hacia el interior de esta esfera y no entrar en ninguna de las categorías admitidas— dio a las mujeres una suerte de imparcialidad enormemente preciada en la construcción de teorías. Por eso, cada una de ellas, a su modo, pudo mantenerse a salvo de los encantamientos de los falsos universalismos y pensar con claridad.

No debería sorprendernos, por ende, que hayan sido precisamente mujeres quienes se lanzaran con semejante compromiso a intentar comprender la trama de ese doble derecho adquirido. En esta trama, el

nudo fundamental es la formación de los sujetos políticos. Las páginas que siguen cuentan cómo esta cuestión, planteada de forma más o menos explícita, ha recorrido el siglo de la mano de mujeres que reflexionaron sobre ella. No se trata, pues, de autoras que escribieron sobre su propia posición o que puedan ser encuadradas en lo que hoy se conoce como literatura feminista. Las teorías presentadas en estas páginas —a excepción de algunas de las propuestas por Simone de Beauvoir— no tienen como objeto principal «el problema de la mujer» ni el relato de las conquistas que hicieron posible la producción de estas mismas concepciones. Aunque este no es un libro sobre luchas feministas, retrata, sin embargo, uno de sus efectos más patentes: la capacitación social y material de las mujeres para el pensamiento político. Estamos, en suma, ante una fase de inédita prosperidad en la historia de la mitad de la humanidad y su resultado último: la utilización por parte de las mujeres de la prerrogativa masculina sobre el pensamiento abstracto para entender la vida en comunidad.

De los muchos hilos que unen a estas siete pensadoras —Rosa Luxemburgo, Simone Weil, Simone de Beauvoir, Hannah Arendt, Iris Murdoch, Ágnes Heller y Judith Butler—, el más evidente es la cuestión de la constitución de los sujetos políticos. Para Rosa Luxemburgo y la socialdemocracia alemana, el sujeto de la política era sin duda el proletariado (heredero de la idea de pueblo); con sus combates, se intentaba lograr que ese sujeto llegara a la toma de conciencia. El papel desempeñado por la teoría política en este proceso fue objeto de acaloradas discusiones dentro y fuera del Partido Socialdemócrata, provocadas por la propia Luxemburgo. Simone Weil, la segunda autora de esta tradición, comenzó su carrera filosófica dentro de esos mismos movimientos de la izquierda revolucionaria de los años treinta del siglo xx, pero su contexto ya no era el de los tiempos previos a la Primera Guerra Mundial ni el de la revolución posterior, sino el del propio período de entreguerras. En Weil observamos un progresivo abandono del sujeto político llamado proletariado —en cuyas luchas sindicales se integró ella misma— para inclinarse hacia una filosofía de la igualdad entre los seres humanos con unos rasgos místicos y religiosos innegables,

como innegables son también la agudeza y clarividencia con que analiza las estructuras políticas y las posibilidades de gobierno de la izquierda revolucionaria en Europa a partir de ese enfoque. Simone de Beauvoir, quien fue su perfecta contemporánea, es una pensadora de la posguerra. Fue ella quien puso en evidencia las debilidades de la filosofía del «otro» y de su dialéctica tal como había empezado a imponerse en los círculos filosóficos franceses del momento y que, en buena medida, sigue atravesando las discusiones sobre el sujeto político de hoy en día. Para ella, se trataba de entender hasta qué punto la abstracción universalista del yo en su relación con «el otro» carecía de fundamento cuando en esa dialéctica no se incluía a la mitad de la población mundial, es decir, a las mujeres.

Hannah Arendt pertenece a la misma generación que las dos autoras anteriores, pero ocupa una posición central en este libro por su papel igualmente central en el siglo xx. Como ninguna otra de las retratadas, Arendt se propuso pensar la política tras la caída de los derechos políticos y civiles recientemente adquiridos y el doble quiebre experimentado por la humanidad en aquella época: la catástrofe política de la Segunda Guerra Mundial y la catástrofe moral del Holocausto. Aunque no utilizó el sintagma *sujeto político* —que, en sentido estricto, aparece muy pocas veces en la obra de todas estas autoras—, su pensamiento se organizó sobre la acción política de tales sujetos, la definición de este tipo de acción y sus espacios de ejecución. Como escritora crítica del presente, Arendt participó además en los debates de la esfera pública, donde la cuestión del sujeto político y de sus derechos fue sin duda crucial. De todas las retratadas, y por ese motivo también fundamental para este libro, Arendt fue quien más fuertemente articuló sus propias concepciones con la tradición de la filosofía política precedente.

Iris Murdoch es la quinta autora dentro de la tradición propuesta en estas páginas; su figura actúa en parte como sustituta de otras dos mujeres que trabajaron y pensaron en el marco de la filosofía inglesa del siglo xx, las conocidas como «filósofas de Oxford». Aunque, al igual que Luxemburgo y Weil, Murdoch se inició en las lides políticas desde las filas del socialismo y el comunismo, pronto centró su interés en la

particularización de la acción en términos de comportamiento individual. Se propuso, junto con Elisabeth Anscombe y Philippa Foot, pensar el sujeto humano dejando de lado las restricciones teóricas de la filosofía analítica, sin caer en una simple descripción de la conducta ni en las posiciones relativistas de sus contemporáneos. Para eso acudió a la filosofía de Simone Weil en busca de una acción moral que pudiera sustentar posiciones de crítica social y política como las que ella misma defendía, tanto en el ámbito personal como en el literario, en especial la crítica a la sociedad burguesa, a la diferenciación de los sexos y a la distribución tradicional del poder.

Movida por su propia experiencia de la guerra, la persecución y la proscripción, Ágnes Heller ahondó también en los puntos de cruce entre ética y política. Es la única de las autoras reseñadas que nació y vivió buena parte de su vida en Europa del Este durante el dominio de la Unión Soviética, aunque no sería la única que se vio obligada a emigrar y cambiar de lengua y cultura. Heller trató de sentar las bases éticas de una concepción de la justicia en la que los sujetos de un espacio político pudieran articular siempre derechos sociales y prácticas formales de reconocimiento del otro. De su firme convicción en un devenir histórico en el que los sujetos políticos luchan por llegar al momento en que se satisfagan plenamente sus necesidades, pasará luego a pensar formas abiertas de la historia en donde esta ya no sea un esquema cerrado con transformaciones preestablecidas, ni el devenir de dichos sujetos esté predeterminado.

Judith Butler, quien cierra este libro, es la única pensadora actual incluida en estas páginas. Y es quien, después de la reformulación de Rosa Luxemburgo del enfoque marxista sobre el proletariado, pensó con más dedicación el problema del sujeto político desde esa misma perspectiva. Si bien sus primeros análisis se dieron dentro del feminismo, pronto viró hacia unas construcciones teóricas en las que trataba de ampliar su teoría de la constitución subjetiva, y su articulación en las luchas políticas, desde una perspectiva múltiple y dinámica. Su concepción de las luchas coalicionales muestra la necesidad de establecer un programa efectivo para la lucha por los derechos sociales y políticos de nuestros días.

La relación entre estas pensadoras no es solo de carácter conceptual, es decir, no se articula únicamente en torno al problema común del sujeto político y sus diversas manifestaciones. Hay, además, una red de referencias subyacente a todas ellas. Este entramado resulta evidente al menos en dos sentidos: han leído y criticado a los mismos autores, mayormente de la tradición filosófica alemana y francesa, y se han leído entre sí. Los autores de los que estas pensadoras se hacen eco se reducen, en buena medida, al canon de la filosofía clásica y moderna europea. La relectura crítica de Marx resultó definitiva para Luxemburgo, Weil, Arendt y Heller; el diálogo con Hegel sería fundamental para Beauvoir y Butler. La huella de pensadores contemporáneos como Jürgen Habermas, Martin Heidegger, Theodor Adorno, Ludwig Wittgenstein, Gilbert Ryle, J. L. Austin, Michel Foucault, Jean-Paul Sartre y Jacques Derrida se pone de manifiesto tanto en forma de influencia evidente como en el hecho de que sean objeto de crítica. Con la excepción obvia de Rosa Luxemburgo por ser cronológicamente la primera, la red de referencias las abarca también a ellas mismas. Los cruces teóricos, sumamente significativos, muestran la importancia de la figura de Arendt para las que escribieron a partir del último cuarto del siglo xx, es decir, para Heller y Butler. Y también resulta crucial la figura de Simone de Beauvoir. Murdoch leyó a Beauvoir con pasión de novelista y más tarde se sumergiría en los cuadernos y libros de Simone Weil. Arendt y Weil leyeron con atención a Rosa Luxemburgo. Estos cruces, por último, son históricos y biográficos y se dan sobre todo por coincidencias temporales y espaciales en las ciudades de París y Nueva York. Hannah Arendt y Simone Weil, además, aguardaron en Marsella, como tantos otros en 1940, la primera oportunidad para salir del continente europeo a raíz del avance del ejército alemán en Francia. Simone de Beauvoir y Simone Weil se encontraron en los pasillos de la universidad y dialogaron una vez, pero sus caminos no se volvieron a cruzar. Murdoch vio en una ocasión a Beauvoir en un café de París, aunque no se atrevió a hablarle.

Estas siete pensadoras, como ya hemos dicho, forman una tradición, pero es una tradición que está todavía por profundizarse y com-

pletarse. Son muestra de una evolución en el pensamiento que, por supuesto, no se limita a ellas. Esa tradición es filosófica. Todas las autoras que la integran cursaron formalmente los estudios de Filosofía, a excepción de Rosa Luxemburgo, quien se doctoró en Economía política siguiendo las enseñanzas del marxismo, corriente que basaba en dicha disciplina todo el saber relevante para la acción política y la comprensión de la sociedad y que había relegado la filosofía tradicional a mera interpretación. En estas páginas se ofrece una introducción al pensamiento de cada una de estas filósofas y, por ese motivo, cada capítulo, en el que se exponen de manera metódica los problemas centrales de cada autora, se puede leer de manera independiente. Al mismo tiempo, la intención de estas páginas es invitar a la lectura de sus escritos. Pues al encontrarnos ante una obra filosófica consistente y que merece la pena ser explorada, dos cosas pueden servir de aliciente a quien entra por primera vez por esa puerta que es un libro de un autor o autora de filosofía: poseer nociones previas de sus conceptos y poder situar al autor o autora en una tradición mayor, pues toda filosofía es un diálogo más o menos abierto con las obras de otros filósofos. Este libro quiere servir de base para ese encuentro con las autoras retratadas, a fin de que los lectores futuros puedan disponer de llaves conceptuales que les abran la puerta a esos pensamientos.

Por último, además de exponer conceptos y articulaciones más o menos técnicas, el libro presenta a cada una de estas autoras en su contexto histórico, el cual ha marcado en cada caso sus teorías y sus propias vidas. Ágnes Heller dijo una vez que toda filosofía es autobiografía. Esto es cierto a medias, pues hacer teorías filosóficas es al mismo tiempo salirse de esa condición limitante que viene dada por la identidad y el destino personal. Sin embargo, hay algo de verdad en sus palabras. Vivir y pensar en la tradición del pensamiento social y especulativo fue el destino de cada una de estas mujeres.

PRELUDIO

Una joven de trece años recorre las calles de una ciudad alemana. Va de la mano de su madre; su padre ha muerto joven, hace ya unos años. Vienen de tiempos oscuros y viven en tiempos revueltos. En Europa se ha puesto fin a la Primera Guerra Mundial, pero el hambre, las amenazas de invasión y la caída del káiser han provocado la escisión del Imperio alemán. Madre e hija avanzan por las calles de la ciudad de Königsberg, a orillas del Báltico. Debe de hacer mucho frío, ya que es casi invierno, noviembre de 1918. Una seguidilla de huelgas y levantamientos acompaña el final de la guerra. Alemania y Austria han resultado vencidas, y con el fin de la monarquía se abre paso una nueva forma de gobierno: la república. ¿Pero qué forma adoptará esa república? ¿La de los consejos? ¿O será más bien una dictadura del proletariado? Esta es la cuestión que se estaba dirimiendo en las calles, en las reuniones del Gobierno provisional y en los grupos de debate, como aquel al que pertenecía la mujer que conduce a su hija. Ella misma ha sido desde joven una apasionada seguidora de la socialdemocracia y ardiente admiradora de una política de origen polaco que encabeza entonces la revolución en Berlín y que no es otra que Rosa Luxemburgo.

La muchacha que camina rápido por Königsberg junto con su madre está a punto de leer al gran filósofo que había nacido en esa misma ciudad casi dos siglos antes —Immanuel Kant— y que será una de las guías de su pensamiento. Ella no lo sabe todavía, pero quizá presenta que quiere dedicarse a la filosofía. Más adelante se convertirá en la pensadora más relevante de la gran hecatombe del siglo xx y con sus ideas conformará, también, el mundo de nuestros días. Aquella tarde,

su madre acababa de enterarse en Königsberg de que a setecientos kilómetros se había desatado la revolución; Rosa Luxemburgo había cumplido con su Liga Espartaquista el objetivo de su vida.

—Presta atención, ¡este es un momento histórico! —le dice Martha con ímpetu a su hija Hannah, Hannah Arendt. La joven no olvidará aquel día y, más tarde, su propio destino también quedará marcado, como el de Rosa Luxemburgo, por los grandes movimientos de la historia que transformaron el mundo durante el siglo xx; esos movimientos que hacen de todo individuo, potencialmente, un sujeto de acción política y un ser con los otros.